

Suboficiales en la Historia

Por: M. PARRILLA NIETO

EL LAUREADO MUNAR, UN SUBOFICIAL DEL TERCIO

tas acciones llevó a cabo su Bandera. Siempre en campaña, hubo de intervenir en el desalojo y liberación de líneas sin apoyo y posiciones aisladas, que siguiendo el plan estratégico del general Primo de Rivera, supuso para las tropas españolas un calvario de sangre y sufrimientos, tan cruel a veces, como pudieron serlo años atrás las operaciones de conquista.

En este empeño, La Legión desarrolló un papel decisivo, y concretamente la columna mixta del coronel Cabanellas hubo de hacer frente a situaciones extremadamente críticas, como la evacuación de Kala-Baja, una posición defendida por soldados del batallón de Vizcaya, en la que el suboficial Munar immortalizó su nombre al lado de tantos héroes anónimos caídos en la contienda africana.

El 14 de septiembre la Bandera coronaba un altiplano raso, una cumbre pelada, en cuyo centro y apenas a doscientos metros de la vanguardia legionaria, se levantaba, como único vestigio de obra humana, una especie de corraliza compuesta por pedruscos y sacos terreros. En su interior debatíase desde días atrás lo que aún quedaba de una compañía de infantes, sin agua y hostigados sin cesar por grupos de musulmanes.

La posición de Kala-Baja estaba constituida por un recinto principal y apenas poco más que unos pozos de tirador en el exterior, donde se hallaba un pelotón de avanzadilla al

mando del sargento Guach Planell, aislado totalmente de la compañía y sin embargo, enlazados por la voz en el escaso espacio que les separaba.

Llegados a la zona batida, detúvose la vanguardia, y ante las características del terreno y la evidente situación ventajosa del enemigo, la Unidad de rescate estableció el único plan viable para aquella situación; consistía éste en que reducido número de hombres cruzase a la carrera el espacio entre la vanguardia legionaria y la posición avanzada, después saltar a la principal llevando víveres y munición a ambas, y reforzar a sus extenuados defensores hasta que la ocasión permitiera un avance en regla del grueso de la Bandera.

Munar se ofreció para llevar a cabo la misión y con él 16 voluntarios más. Poco tiempo después, suboficial y legionarios estaban listos para salir al descampado; cada cual con una mochila metálica llena de agua, vendajes y medicamentos en los bolsillos, y las cartucheras repletas de munición. A una señal convenida, todos, concentrados tras unos peñascos, iniciarían el salto hacia el primero de sus objetivos.

La posición de Kala-Baja estaba constituida por un recinto principal y apenas poco más que unos pozos de tirador en el exterior.

Una tensa calma pareció aplastar en el silencio a la llanura. Ojos invisibles vigilaban desde un extremo y otro el espacio vacío, unos para matar, otros para impedirlo. Al primer paso de un hombre, la prevista tormenta de fuego arrasó el descam-

Era un hombre de estatura media, musculoso y fornido, parco en el hablar y de gesto adusto hasta en el movimiento de los ojos. Su edad debía rayar en los 25 años, su origen... Palma de Mallorca, puesto que allí, en el puerto, apareció un día dirigiéndose al Banderín de Enganche del recién creado Tercio de Extranjeros. Dijo haber servido cinco años en la Marina Española donde alcanzó el empleo de cabo; y sin más trámites burocráticos que la información verbal facilitada por el interesado, aquél aspirante a legionario, Bartolomé Munar Munar, embarcó con rumbo a Ceuta, donde quedó encuadrado en la 1.º Cía. de la 2.º Bandera.

Apenas transcurrido el tiempo de instrucción legionaria, entró en combate; y a los dos años de su permanencia en el Norte de Africa ascendía a sargento por méritos de guerra, y un mes más tarde, por igual procedimiento, a suboficial. Era el mes de octubre de 1922.

Hasta el año 24, el de la retirada de Xauen, Munar participó en cuan-

pado; y entre la cobertura propia y las balas enemigas, los legionarios cruzaron en una carrera inverosímil el espacio que desde el origen les separaba de la avanzadilla. Cuatro legionarios quedaron reforzando la exigua guarnición del sargento Guach; Munar, cumplida la primera fase de la operación, repuso fuerzas mientras calculaba la distancia que le separaba de la posición principal: unos ciento cincuenta metros por terreno sin el menor abrigo y todo él batido por el fuego. Con 12 legionarios, Munar, sin pausa, volvió de nuevo a estar en campo abierto.

Los primeros pasos pudieron ser cubiertos sin dificultad, gracias a la sorpresa producida en el enemigo y el impulso inicial del grupo legionario; pero a medida que la distancia se acortaba con la posición, un graneó ametrallador desahogado y denso centró sobre Munar y sus hombres, cayendo acibillados tres de ellos y otros tantos en tierra con heridas en distintas partes de su cuerpo.

Ya en la posición, Munar descargó lo que llevaban y sin mediar explicaciones ni diálogo, designó a un legionario y una vez más salió al llano, recogiendo así a los que, arrastrándose sobre su propia sangre, habían quedado heridos a escasos metros de los parapetos. El legionario que le acompañaba cayó con el cráneo destrozado por uno de los proyectiles que como una granizada, se hundían en la panza arenosa de los sacos terreros.

En la noche del 14, Munar volvió a efectuar otra salida, con el doble propósito de informar a la Bandera de la situación en que se hallaban los sitiados y recoger los cadáveres de los legionarios muertos; pero esta vez el intento fue fallido al ser perseguido por un grupo de moros. No obstante, unas horas después y en plena madrugada, cruzó las alambradas, ya que la entrada del puesto estaba estrechamente vigilada por el enemigo, y rescató los cuatro cuerpos sin vida de sus hombres.

El día siguiente fue especialmente dramático para los escasos efectivos de la avanzadilla: un ataque masivo con granadas de mano y fuego de fusil se centró en aquél minúsculo redujo defendido por el sargento Guach; y al caer la tarde, un silencio de muerte envolvía ya las piedras calcinadas de los parapetos.

...al caer la tarde, un silencio de muerte envolvía ya las piedras calcinadas de los parapetos.

Munar temiendo lo peor para el pelotón del Vizcaya y ante el riesgo seguro de que la avanzadilla pudiera ser ocupada por el enemigo, solicitó permiso al jefe de la posición para acudir en socorro de los que aún pudieran quedar con vida, y hecho esto, reptando bajo el alambre espinoso, salió una vez más al descubierto, esta vez acompañado de cuatro legionarios.

Llegados hasta el lugar de la avanzadilla, los legionarios, perseguidos por una jauría de musulmanes enfurecidos, encontraron con un cuadro aterrador: ya en el interior, un grupo de harkeños se hallaba culminando el último acto de un exterminio sangriento en los cuerpos de los heroicos soldados del sargento Guasch. Todos estaban muertos, y la morisma, como hienas ávidas de carne sin vida, despedazaban a golpes de guma los cadáveres aún calientes de los hombres del Vizcaya.

Pero sobre aquellas fieras con estampa humana avalanzáronse cinco figuras cubiertas de harapos y arañazos sanguinolentos; y en un voraz torbellino de coraje y muerte, las hojas de los machetes cruzáronse con el acero enrojecido de las gomas asesinas, destellando, en las postreras luces del crepúsculo, antes de hundirse en las gargantas que ya el

rugido del odio había dejado sin voz.

En un instante, la sangre se vertió a raudales. Los carniceros cayeron en amasijo sobre los cuerpos descuartizados de los soldados españoles, y el grupo de Munar quedó maltrecho con tres hombres heridos y sólo él y un legionario ilesos. Pero aún sin poder hacer balance del fin de la contienda, hubieron de repeler el furibundo ataque de los perseguidores, y si épica fue la lucha sostenida instantes antes cuerpo a cuerpo, la defensa de lo que ya era una fosa atestada de cadáveres alcanzó caracteres de alucinación diabólica.

Parte de la noche, aquella noche dantesca del 15 de septiembre, se le fue a Munar en mantener la posición conquistada; quemóse las manos con el cañón del fusil, recibió dos heridas, en la frente y una oreja, y con solo un legionario que con él hiciese fuego, soportó las embestidas de un enemigo que asombrado por la inexplicable supervivencia del adversario, acabó por retirarse a sus posiciones.

Hasta el día 17, y tras recibir refuerzos, Munar siguió defendiendo la avanzadilla y cuando fue relevado, dicen que alguien exclamó: "He aquí a un héroe de La Legión, bien merece lucir en su guerrera la Cruz Laureada de San Fernando".

Y en 1928, cuatro años después de su acción en Kala-Baja, le fue impuesta al entonces capitán legionario Bartolomé Munar Munar, la altísima recompensa que alguien le vaticinara en el mismo campo de batalla.

Munar había logrado, en sólo ocho años desde su alistamiento, alcanzar el empleo más alto en la carrera legionaria. En 1931 pidió la baja en la milicia y se retiró a Palma de Mallorca, apareciendo por última vez en el escenario de la guerra, el año 1936.

M. Parrilla Nieto